

La obra está bien escrita, en un estilo bastante ameno, con una gran riqueza de vocabulario. Su importancia estriba, entre otras virtudes, en trabajar un tema relativamente poco analizado en forma integral. Podría ser el inicio de un esfuerzo académico más amplio y de investigaciones complementarias, porque deja todavía algunos aspectos pendientes.

ELZBIETA NAWOTKA ZELAZKIEWICZ

DANIEL CAMACHO Y RAFAEL MENJÍVAR (compiladores), *Movimientos populares en Centroamérica*, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), San José de Costa Rica, 1985.

La difícil situación política a la que se enfrentan los países centroamericanos ha atraído a destacados estudiosos, algunos de los cuales han dedicado amplia y brillante atención a los más diversos problemas de la región. Es, entre otros, el caso de los trabajos compilados por Daniel Camacho y Rafael Menjivar.

En esta obra nos encontramos con tesis en las que se avanza una sola perspectiva ideológica para explicar los más diversos hechos y circunstancias que dominan el escenario centroamericano de los últimos años.

Dos tesis guían los trabajos. Una, que “los sujetos sociales de la conflictiva realidad centroamericana se mueven y articulan en una misma dirección frente al Estado”. Dos, a partir de la primera, “que la legitimidad de los Estados se ha roto”. La primera se sustenta en una concepción que supone la especificidad de la contradicción “pueblo-bloque de poder”. La segunda se sustenta en una argumentación como la que sigue y que se deriva de la primera.

Teniendo ello presente e incorporando en nuestro razonamiento a Portantiero, ese Estado en Centroamérica y si se utilizan dos principios de agregación: uno, el dominante, “nacional-estatal”; otro, el dominado “nacional-popular”, contaba con algunos elementos de legitimidad por lo menos “reflejada en la conciencia” de algunos sectores sociales, como diría Lukacs (“La nación aparece como el más englobante vínculo de lealtades y compromisos últimos; se metamorfiza en una figura paternal —la patria— y ésta se expresa en el Estado. Por supuesto que esta unidad no es eterna en la conciencia de las masas”). Esta legitimidad, ya no es válida para algunos sectores, fue deteriorándose en reformismos o modernizaciones que agravaban y frustraban; en procesos electorales fraudulentos; en la represión creciente y la situación económica desesperada, hechos en los cuales el pueblo hacía sus experiencias, caminando y definiéndose como clase en la praxis. La legitimidad de los Estados se ha roto (p. 22).

Hay otras tesis encadenadas en un discurso similar que se orientan a considerar que los movimientos populares centroamericanos están conducidos por una voluntad creadora de contrahegemonía.

Con todo el respeto que merecen los esfuerzos teóricos encaminados a buscar una explicación de los sucesos centroamericanos, hay que señalar algunas críticas a esta obra.

Los modos de análisis que tienden a proliferar en algunos círculos regionales y que son parecidos o iguales a los que prevalecieron en otros países del continente que luego cayeron en dramáticas polarizaciones, no ayudan demasiado a mejor entender la economía, la sociedad y la política de los países centroamericanos y, menos todavía, a proporcionar guías para la formulación de las cuestiones relevantes que se dan con el proceso de incorporación de nuevos estratos sociales en el desarrollo político. El incremento de la participación política de distintos sectores sociales no revela una tendencia revolucionaria y contrahegemónica. Ni tampoco el sustento de la aparición de tal incremento se debe "a la miseria a que han llegado los sectores populares y capas medias".

Afirmar que el movimiento popular es revolucionario y contrahegemónico es forzar una escala ideológica. Los acontecimientos políticos en todos los países del área, incluyendo los procesos electorales y la diversidad ideológica en las afiliaciones partidarias, sindicales y de grupos de interés, no sustentan esas tesis.

No toda transición a la modernización política se abre camino con una violencia revolucionaria. Otra cosa es tratar de explicar que en esa transición hay grupos que impulsan tendencias revolucionarias, con calidad propia de fuerzas antisistema. Pero no puede forzarse una identificación mecánica entre el surgimiento de movimientos populares y la ruptura de la legitimidad de los estados. En Centroamérica, ni todos los movimientos populares son revolucionarios, ni la pérdida de legitimidad de un gobierno en particular significa la ruptura de la legitimidad del Estado. Es pretencioso, aunque haya obligaciones ideológicas que cumplir, atribuir a los movimientos en favor de una mayor participación política, una voluntad revolucionaria. Los participantes en los procesos electorales de Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica, son también parte —y parte importante, según las cifras—, de los movimientos populares centroamericanos. En las elecciones nicaragüenses, que habría de discutir si se llama a discusión las de los otros países, existe también la necesidad de interrogarse acerca del significado de los movimientos en favor de la participación política. Identificar demandas de participación política con proyecto contrahegemónico es simplemente satisfacer un requerimiento ideológico, lo cual en nada contribuye al esclarecimiento de lo que pasa en los países centroamericanos.

La existencia, y su identificación clara, de sectores que buscan ca-

minos alternativos a la de la modernización capitalista, es y debe ser motivo de investigaciones; pero su generalización como tendencia de la sociedad en contra del Estado pareciera más bien un sentimiento vinculado a compromisos puramente ideológicos. Esos sectores existen y deben estudiarse, pero no son únicos ni totales en la idea de "pueblo actor". El "pueblo actor" no es en ninguno de los países centroamericanos, único y total. Hay una diversidad de actores dentro del pueblo que sustentan variadas concepciones ideológicas, que expresan afiliaciones partidarias y sindicales, bastante ajenas a la idea de hacer equivalente la noción de participación política con la de realización revolucionaria. La contradicción pueblo-bloque de poder, si es que se puede usar en estos casos, debe llevarse a tal desglose que, si se hiciera, probablemente resultaría más bien conveniente hacer otros tipos de análisis más cercanos a la ciencia política.

Aquí entramos quizá en uno de los problemas que ahora podemos identificar mejor en la actual situación política centroamericana. Y es el problema de la polarización. Muchos de los análisis que se realizan alrededor de la cuestión política abundan en el uso de conceptos que insisten en una explicación unilateral de los problemas. Privilegiar la ideología es, en este tipo de situaciones, destacar el conflicto y el enfrentamiento que fomenta la "satanización" de grupos o liderazgos que no comparten una determinada vía de solución a los problemas. Esto ha vuelto más difícil hacer resaltar lo relevante de las grandes diferencias que se dan en los comportamientos políticos de los movimientos populares, desencadenados en los últimos años. A pesar de que los países centroamericanos constituyen economías y sociedades muy pequeñas, contienen una diversidad, una variedad de intereses y concepciones políticas que merecen ser identificadas y explicadas, precisamente para apreciar mejor las tendencias del cambio que hay en ellas. De otra manera no hay posibilidades de que los esfuerzos políticos que actualmente se realizan tengan un final conveniente a la modernización política regional.

El fracaso de la creación de democracias estables en los países del área puede llegar también a deberse a la existencia de una escalada ideológica, en la cual termine quedando abierta una salida indeseable. El análisis teórico que permite la identificación de las fuerzas que realmente impulsan prácticas contrahegemónicas es adecuado, en tanto no caiga en la tesis de que los movimientos populares son una sola cosa y que actúan como tal en la creación de alternativas de organización al sistema capitalista.

Si así fuera, ¿cómo explicar la participación de amplios sectores populares en los procesos electorales en los que contienen diversos partidos que ayer fueron "satanizados" por las derechas y hoy lo son por las izquierdas? ¿Cómo explicar la existencia de sindicatos que no están afiliados a grupos o vanguardias revolucionarias? ¿Cómo expli-

car la existencia de clases medias que se resisten a las oligarquías, pero que no aceptan imposiciones propiamente revolucionarias?

Los problemas de la democracia y de la estabilidad política siguen siendo un reto para el intelectual centroamericano. La búsqueda de un camino para la participación estable y una dedicación pragmática a la política y sus diferentes actividades, aún es una tarea difícil. Más aún si la escalada ideológica cierra los cauces para que se exprese la diversidad de participantes en esa noción de "pueblo actor".

El análisis de los partidos políticos, de los sindicatos, de las élites, de las clases medias, de las iglesias, de las relaciones cívico-militares, etc., nos dará seguramente luces más nítidas sobre el significado pluralista de los movimientos populares en Centroamérica.

RENÉ HERRERA

